

y á Palma, los cuales, después de haberse informado del valor de los bienes de su madre, se prestaron fácilmente á darle dinero. La usura y el engañoso socorro de las renovaciones le permitieron hacer una vida feliz durante diez y ocho meses. Sin atreverse á abandonar á la señora de Serizy, el pobre muchacho se enamoró locamente de la hermosa condesa de Kergarouet, joven mojigata, como todas las que esperan la muerte de un marido viejo y que confían en que su virtud les sirva para contraer un segundo matrimonio. Incapaz de comprender que una virtud razonada es invencible, Sabiniano hacía la corte á Emilia de Kergarouet, arrastrando un tren de hombre rico: Portenduere no faltaba á un baile ni á ningún espectáculo donde pudiese encontrarla.

—Hijo mío, no tienes bastante pólvora para hacer saltar esa roca, le dijo una noche de Marsay, riéndose.

Este joven rey de la elegancia parisiense se esforzó en vano por hacer ver á este joven lo que era Emilia de Fontaine, pues eran necesarias las sombrías claridades de la desgracia y las tinieblas de la prisión para iluminar á Sabiniano. Una letra de cambio, suscrita imprudentemente á favor de un joyero que estaba de acuerdo con los usureros, los cuales no querían dar por sí el odioso paso de arrestar á Sabiniano, dió con el cuerpo de éste en Santa Pelagia, sin conocimiento de sus amigos. Tan pronto como Rastignac, de Marsay y Luciano de Rubempré supieron esta noticia, fueron á ver á Sabiniano y, al ver que carecía de todo, le ofrecieron un billete de mil francos cada uno. El ayuda de cámara

de Portenduere, comprado por dos acreedores, había indicado á éstos la habitación secreta que ocupaba Sabiniano y se habían apoderado de todo. Los tres jóvenes, provistos de una excelente comida y de vinos de Jerez llevados por de Marsay, se informaron de la situación de Sabiniano, á fin de organizar en apariencia su porvenir, pero más bien con el objeto indudable de juzgarle.

—Cuando un hombre se llama Sabiniano de Portenduere, había dicho Rastignac, y cuando se tiene un primo que es futuro par de Francia y un tío que es el almirante de Kergarouet, si se comete la enorme falta de dejarse meter en Santa Pelagia, hay que procurar salir, querido mío.

—¿Cómo no me dijo usted nada? exclamó de Marsay. Tenía usted á sus órdenes diez mil francos, mi coche de viaje y cartas de recomendación para Alemania. Nosotros conocemos á Gobseck, á Gigonnet y á otros cocodrilos, y les hubiéramos hecho capitular. Pero, vamos á ver, ¿quién le ha aconsejado á usted que acudiese á esos usureros? le preguntó de Marsay.

—Lupeaulx.

Los tres jóvenes se miraron comunicándose el mismo pensamiento y la misma sospecha, pero sin expresarla.

—Explíqueme usted cuáles son sus recursos, muéstreme su juego, le dijo de Marsay.

Una vez que Sabiniano les describió su madre y la casita con tres ventanas á la calle de los Burgueses, sin más jardín que un patio con pozo y con cobertizo para guardar la leña, y cuando les dijo el valor de esta casa y de la quinta

de los Bordieres, los tres petrimetres se miraron y dijeron con aire triste la palabra que dice el cura en una obra de Alfredo Musset:

—¡Malo!

—Mediante una carta hábilmente escrita, su madre pagará, dijo Rastignac.

—Bien, y ¿después? repuso de Marsay.

—Si usted no hubiera pisado esta prisión, dijo Luciano, el gobierno del rey le hubiera colocado en la diplomacia; pero, desgraciadamente, Santa Pelagia no es ni ha sido nunca la antesala de una embajada.

—Es usted poco hábil para hacer la vida de París, le dijo Rastignac.

—Vamos á ver, repuso de Marsay, que examinó de arriba á abajo á Sabiniano como un chalán que estima un caballo. Usted tiene hermosos y rasgados ojos negros, frente blanca y espaciosa, cabellos negros y abundantes, un bigote pequeño que sienta perfectamente á sus pálidas mejillas, esbelto porte, un pie que anuncia la raza, y espaldas y pecho que, sin ser de cargador, son, sin embargo, sólidos. En una palabra, es usted lo que se llama un moreno elegante. La cara de usted es del género de las de Luis XIII: pocos colores, nariz de mujer, y tiene usted, además, lo que agrada á las mujeres, un no sé qué de que no se dan cuenta los hombres y que depende del aire, de la manera de andar, del sonido de la voz, de las miradas, del gesto y de una multitud de pequeñeces que las mujeres ven y gustan, y que nosotros no percibimos. Usted no se conoce, querido mío. Con un poco de lujo, encantaría usted en seis meses á una

inglesa con cien mil francos de renta, sobre todo si toma usted el título que le pertenece de vizconde de Portenduere. Mi encantadora suegra, lady Dudley, que no tiene igual para enlazar dos corazones, se la presentaría á usted en alguno de los terrenos de aluvión de la Gran Bretaña. Pero sería preciso poder y saber prolongar sus deudas unos noventa días mediante una hábil maniobra de alta banca. ¿Por qué no nos ha dicho usted nada? En Baden, los usureros le hubieran respetado y acaso servido. Pero, después de haber estado preso, le despreciarán. El usurero es como la sociedad, como el pueblo: se arrodilla ante el hombre que es bastante fuerte para burlarse de él, y se muestra implacable con los corderos. A los ojos de ciertas personas, Santa Pelagia es una diablilla que chamusca el alma de los jóvenes. ¿Quiere usted que le dé un consejo, amigo mío? Le diré á usted como al pequeño de Esgrignon: pague sus deudas, conservando lo necesario para vivir durante tres años, y cásese con la primera provinciana que tenga treinta mil francos de renta. En tres años no le faltará á usted una heredera que quiera llamarse señora de Portenduere. Esto es lo más sabio. ¡Bebamos, pues! Le dedico este brindis: ¡Por la joven que tenga dinero!

Los tres jóvenes no dejaron á su amigo hasta la hora oficial de la despedida, y, al llegar al umbral de la puerta, se dijeron:

—¡Es poco hábil!

—¡Está muy abatido!

—¿Saldrá bien de ésta?

Al día siguiente Sabiniano escribió á su ma-

dre una confesión general de veintidós páginas. Después de haber llorado durante todo un día, la señora de Portenduere escribió á su hijo prometiéndole sacarle de la cárcel, y después á los condes de Portenduere y de Kergarouet.

Las cartas que el cura Chapéron acababa de leer, y que la pobre madre tenía en la mano después de haberlas mojado con sus lágrimas, habían llegado aquella misma mañana y le habían partido el corazón.

«A LA SEÑORA DE PORTENDUERE

»Paris, septiembre de 1829.

»Señora: No puede usted dudar de la parte que el almirante y yo tomamos en sus penas. Lo que usted comunica al señor de Kergarouet me aflige tanto más cuanto que mi casa era la del hijo de usted, y nosotros estábamos orgullosos de él. Si Sabiniano hubiese tenido más confianza en el almirante, lo hubiésemos tomado bajo nuestra protección, y estaría ya convenientemente colocado; pero ese desgraciado muchacho no nos dijo nada. El almirante no puede pagar esos cien mil francos, porque él está también cargado de deudas y se ha empeñado por culpa mía, ignorando yo hasta hoy su situación pecuniaria. Está tanto más desesperado cuanto que Sabiniano, dejándose prender, nos ha atado de manos por el momento. Si mi hermoso sobrino no hubiese sentido por mí no sé qué estúpida pasión que ahogaba la voz del pariente con el orgullo del enamorado, le hubiésemos hecho viajar por Alemania hasta tanto que sus asun-

tos se hubieran arreglado. El señor de Kergarouet hubiera podido pedir una plaza para su sobrino en las oficinas de la marina; pero una prisión por deudas hará, sin duda, inútiles los pasos del almirante. Pague usted las deudas de Sabiniano y que éste sirva en la marina, donde seguramente hará carrera ayudado por nosotros como verdadero Portenduere, cuya fogosidad y valor se ve brillar en sus hermosos ojos negros.

»No se desespere usted, pues, señora, y no olvide que aun le quedan amigos, entre los cuales puede usted contar como á uno de los más sinceros á su afectísima servidora,

»EMILIA DE KERGAOUET.»

«A LA SEÑORA DE PORTENDUERE

»Portenduere, agosto de 1829.

»Mi querida tía: Estoy tan contrariado como afligido ante las calaveradas de Sabiniano. Casado y padre de dos hijos y de una hija, mi fortuna, pequeña ya con respecto á mi posición y á mis esperanzas, no me permite disminuirla en una suma de cien mil francos para pagar el rescate de un Portenduere cogido por los lombardos. Venda usted su quinta, pague las deudas de su hijo y véngase á Portenduere, donde será usted acogida como se merece, aunque nuestro corazón no le pertenezca por entero. Aquí vivirá usted feliz, y acabaremos por casar á Sabiniano, á quien mi mujer encuentra encantador. No se disguste usted, que esa calaverada no es nada, y nunca se sabrá en nuestra provincia, donde

conocemos varias jóvenes muy ricas y que se darán por muy satisfechas emparentando con usted.

»Mi mujer se une á mí para expresarle la satisfacción que nos proporcionará viniendo, y para hacerle presente nuestros deseos de que se realice á su gusto este proyecto.

»Reciba la seguridad de nuestros respetuosos afectos.

»LUCAS SABINIANO, CONDE DE PORTENDUERE.»

—¡Qué carta para una Kergarouet! exclamó la anciana bretona enjugándose los ojos.

—El almirante no sabe que su sobrino está preso, dijo por fin el cura Chaperon. La condesa ha sido la única que ha leído su carta, y ella sola ha contestado lo que le ha parecido. Pero hay que tomar una decisión, repuso después de una pausa, y he aquí lo que tengo el honor de aconsejarle. No venda usted su quinta; el arriendo está para acabar y hace ya veinticuatro años que dura. Dentro de algunos meses podrá usted hacer ascender el alquiler á seis mil francos y percibir el importe de dos años. Acuda usted á un hombre honrado y no á las gentes de la villa que comercian con las hipotecas. Su vecino es un hombre digno y de excelente trato, que ha visto el mundo antes de la Revolución y que de ateo se ha vuelto católico. No sienta usted repugnancia en ir á verle esta noche, pues le aseguro que se mostrará sensible á sus peticiones: olvide usted por un momento que es una Kergarouet.

—¡Nunca! dijo la anciana con estridente voz.

—Bueno, sea usted al menos una Kergarouet amable; venga usted cuando esté solo. Este señor le prestará á usted al tres y medio por ciento, ó acaso al tres. Le hará á usted el favor con delicadeza, irá en persona á libertar á Sabiniano, se lo traerá y usted quedará contenta.

—¿Se refiere usted á ese pequeño Minoret?

—Ese pequeño tiene ochenta y tres años, repuso el abate Chaperon sonriéndose. Señoría, tenga usted un poco de caridad cristiana y no le hiera, porque acaso podrá serle útil de más de una manera.

—¿Cómo?

—Tiene á su lado un ángel, la joven más angelical del mundo.

—Sí, esa pequeña Úrsula. Bueno, ¿y qué?

Al oír aquel: «Bueno, ¿y qué?» cuya sequedad y entereza anulaban de antemano la proposición que iba á hacerle, el pobre cura no se atrevió á continuar.

—Yo creo al doctor Minoret poderosamente rico.

—¡Mejor para él!

—Indudablemente, usted ha sido la causa de las desgracias actuales de su hijo, toda vez que se negó á darle carrera. ¡Tenga usted cuidado con el porvenir! añadió severamente el cura. ¿Debo anunciar ó no su visita al vecino?

—Pero sabiendo que lo necesito, ¿por qué no ha de venir él?

—¡Ah! señora, yendo á su casa, pagaría usted el tres por ciento; mientras que, viniendo él aquí, tendrá que pagar el cinco, dijo el cura creyendo que esta razón decidiría á la anciana. Si se viese

usted obligada á vender su quinta por conducto de Dionis el notario y de Massin el escribano, los cuales le negarían á usted fondos esperando aprovecharse de su desastre, perdería usted la mitad del valor de los Bordieres. Yo no tengo la menor influencia con Dionis, Massin y Levrault, únicas personas ricas del país que codician sus propiedades y que saben que su hijo está preso.

—¿Lo saben? ¿lo saben? exclamó la anciana levantando los brazos. ¡Oh! mi pobre cura, ha dejado usted enfriar el café... ¡Estefanía! ¡Estefanía!

Estefanía, anciana bretona con jubón con faldillas y gorro bretón, entró precipitadamente y tomó el café del cura para calentarlo.

—Tenga usted paciencia, señor rector, dijo, viendo que el cura quería tomarlo frío; lo meteré en el baño de maría y así no se pondrá malo.

—Bueno, repuso el cura con su voz insinuante, iré á prevenir al doctor de su visita y vendrá usted, ¿verdad?

La anciana dama no cedió hasta después de una hora de discusión, durante la cual el cura se vió obligado á repetir diez veces sus argumentos. La activa Kergarouet no se dió por vencida hasta que el sacerdote le dijo estas palabras:

—Estoy seguro de que Sabiniano iría.

—Entonces vale más que vaya yo, dijo la anciana.

Las nueve daban cuando el cura atravesaba el umbral de la puerta de la desgraciada madre para ir á llamar á la reja del doctor. El abate Chaperon cayó de Estefanía en la Bougival, pues

la anciana nodriza le dijo: «¡Qué tarde viene usted señor cura!» del mismo modo que la otra le había dicho: «¿Por qué deja usted á la señora, estando apenada?»

El cura encontró una numerosa concurrencia en el salón del doctor, pues Dionis había ido á tranquilizar á los herederos pasando por casa de Massin, á fin de repetirle las palabras de su tío.

—Me parece que Úrsula siente un amor que le ha de dar muchos disgustos, dijo el notario. La chica parece novelesca (nombre que dañ los notarios á la excesiva sensibilidad), y creo que la veremos soltera mucho tiempo. De modo que nada de desconfianzas: muéstrese usted amable con ella y con su tío, el cual es cien veces más astuto que Goupil, añadió el notario sin saber que Goupil es corrupción de la palabra latina *vulpes*, que significa zorro.

Las señoras Massin y Cremiere, sus maridos, el dueño de la posta y Desiderio, formaban con el médico de Nemours y con Bongrand, una extraordinaria y turbulenta asamblea en casa del doctor. El abate Chaperon oyó al entrar el sonido del piano. La pobre Úrsula acababa la sinfonía en *la* de Beethoven. Con la astucia propia de la inocencia, la niña, instruída por su padrino y disgustada de los herederos, escogió esta música grandiosa, que debe ser estudiada para ser comprendida, á fin de desanimar de sus intentos á aquellas mujeres. Cuanto más hermosa es la música, menos saben apreciarla los ignorantes; de modo que cuando la puerta se abrió y el abate Chaperon mostró su venerable cabeza, los here-

deros, felices de poder poner término á su suplicio, se levantaron y exclamaron:

—¡Ah! ¡aquí está el señor cura!

Esta exclamación encontró eco en la mesa de juego, donde Bongrand, el médico de Nemours y el anciano eran víctimas de la presunción con que el recaudador se había ofrecido á hacer el cuarto al *wisth* para agradar á su tío. Úrsula dejó el piano. El doctor se levantó como para saludar al cura, pero en realidad para interrumpir la partida. Después de grandes cumplidos dirigidos al anciano acerca del talento de su ahijada, los herederos se despidieron.

—¡Buenas noches, amigos míos! exclamó el doctor cuando vió que la reja se cerraba.

—Pero ¿es eso lo que cuesta tan caro? dijo la señora Cremiere á su parienta Massin cuando estuvieron á algunos pasos de la casa.

—¡Dios me libre de dar dinero para que mi pequeña Lina me dé semejantes cencerradas! respondió la señora Massin.

—Y sin embargo, según ha dicho ella, esa música es de *Bathovan*, que tiene una gran reputación.

—Yo creo que nuestro tío lo ha hecho para que no volvamos más, dijo Massin. Yo vi que guiñaba dos veces el ojo á su pequeña presumida señalándole el tomo verde.

—Lo que es, si se divierten con esas cencerradas, hacen bien en estar solos, repuso el dueño de la posta.

—Mucho debe gustarle el juego al señor juez de paz para resignarse á oír semejante murga, dijo la señora Cremiere.

—Nunca podré yo tocar bien delante de personas que no comprendan la música, dijo Úrsula yendo á sentarse al lado de la mesa de juego.

—Los sentimientos de las personas ricamente organizadas, sólo pueden desarrollarse en una esfera de amigos, dijo el cura de Nemours. Así como el sacerdote no podría bendecir en presencia del espíritu del mal, y como el castaño muere en una tierra fuerte, un músico sufre una derrota interior cuando se ve rodeado de ignorantes. En las artes debemos rodearnos de almas que sirvan de medio á nuestra alma. Este axioma que rige los afectos humanos ha dictado los proverbios; «Donde estuvieres haz lo que vieres»; «Dios los cría y ellos se juntan». Pero el sufrimiento que usted habrá experimentado sólo es propio de almas tiernas y delicadas.

—Por esa misma razón, amigos míos, una cosa que sólo procuraría un disgusto á una mujer, podría matar á mi pequeña Úrsula. ¡Ah! cuando yo no esté ya en el mundo, levanten ustedes entre esta querida y delicada flor y el mundo aquella barrera protectora de que hablan los versos de Catulo: *Ut flos*, etc.

—Sin embargo, Úrsula, esas señoras han estado muy aduladoras con usted, dijo el juez de paz sonriéndose.

—Groseramente aduladoras, advirtió el médico de Nemours.

—Siempre he observado tosquedad en las adulaciones de cumplido, añadió el anciano Minorret. ¿Por qué será?

—Las palabras sinceras llevan ya consigo la finura, dijo el cura.

—¿Ha comido usted en casa de la señora de Portenduere? preguntó Úrsula al abate Chaperon dirigiéndole una mirada llena de inquieta curiosidad.

—Sí; la pobre señora está muy afligida, y no tendría nada de particular que viniera á verle á usted esta noche, señor Minoret, dijo el cura.

—Si ella está apenada y necesita de mí, iré yo á su casa, exclamó el doctor. Acabemos esta partida.

Úrsula estrechó la mano del anciano por debajo de la mesa.

—Su hijo era demasiado inocente para vivir en París sin un mentor, dijo el juez de paz. Cuando supe que tomaban aquí informes de la quinta de su anciana madre, adiviné que iba á empeñarse hipotecando la vida de su madre.

—¡Cómo! ¿le cree usted capaz de eso? exclamó Úrsula dirigiendo una terrible mirada al señor Bongrand, el cual no pudo menos de decirse:

—¡Ay de mí! no hay duda, le ama.

—Sí y no, dijo el médico de Nemours. Sabiano tiene buen fondo, y la prueba de ello la tenemos en que está en la cárcel, sitio al que no van nunca los bribones.

—Amigos míos, exclamó el anciano Minoret, basta ya por esta noche; cuando se puede, es preciso secar cuanto antes las lágrimas de una pobre madre.

Los cuatro amigos se levantaron y salieron. Úrsula los acompañó hasta la reja, contempló á su padrino y al cura llamando á la puerta de enfrente, y, cuando Estefania los hubo introdu-

cido, se sentó en uno de los poyos exteriores de la casa en compañía de la Bougival.

—Señora vizcondesa, dijo el cura entrando delante en el saloncito, el señor doctor Minoret no ha querido que usted se molestase en ir á su casa.

—Señora, repuso el doctor, soy hombre bastante viejo para no saber todo lo que debo á una persona de su calidad, y me consideraré muy feliz si puedo servirla en algo.

La señora de Portenduere, que estaba tan arrepentida del paso convenido, que, desde la marcha del abate Chaperon, estaba inclinada á dirigirse al notario de Nemours, quedó tan sorprendida de la delicadeza del señor Minoret, que se levantó para responder á su saludo y le indicó un asiento.

—Siéntese usted, caballero, le dijo la anciana con aire regio. Nuestro cura le habrá dicho á usted, sin duda, que mi hijo está preso por algunas deudas de joven, cien mil francos... Si usted pudiese prestárselos, yo se los garantizaría á usted con mi quinta de los Bordieres.

—Señora vizcondesa, ya hablaremos de eso cuando yo le haya traído á su hijo, si es que me permite usted que sea su intendente en esta ocasión.

—Con mucho gusto, señor doctor, respondió la anciana inclinando la cabeza y mirando al cura de una manera que quería decir: «Tiene usted razón, es hombre de excelente trato».

—Como usted ve, señora, dijo entonces el cura, mi amigo el doctor siente gran afecto por su casa.

—Le agradeceremos á usted siempre ese favor, caballero, dijo la anciana haciendo un visible esfuerzo, porque aventurarse á su edad á reparar en París las locuras de un aturdido...

—Señora, el año 65 tuve el honor de ver al ilustre almirante de Portenduere en casa de aquel excelente señor de Malesherbes y en casa del señor conde de Buffón, el cual deseaba interrogarle acerca de algunos hechos curiosos de su viaje. No creo imposible que su difunto esposo, el señor de Portenduere, se hubiera encontrado allí. La marina francesa era entonces gloriosa, podía competir con Inglaterra, y el capitán no dejaba de tener su cuota parte de valor en aquella competencia. ¡Con qué impaciencia se esperaban el año 63 y 64 noticias del campo de Saint-Roche! Yo estuve á punto de partir como médico de los ejércitos del rey. Su tío segundo, que vive aún, el almirante de Kergarouet, manda la *Belle-Poule* y sostuvo en aquella época un famoso combate.

—¡Ah! ¡si él supiera que su sobrino está en la cárcel!

—No se apure usted, señora, que el señor vizconde estará libre dentro de dos días, dijo el anciano Minoret levantándose.

Después tendió la mano para tomar la de la anciana, depositó en ella un respetuoso beso, la saludó profundamente, y salió; pero se volvió para decirle al cura:

—Amigo mío, ¿quiere usted tomarme un asiento en la diligencia para mañana por la mañana?

El cura permaneció durante una media hora haciendo elogios del doctor Minoret, el cual se

había propuesto conquistar y había conquistado á la anciana.

—Asombra su vigor dada la edad que tiene, dijo la anciana vizcondesa. Habla de ir á París y de arreglar los asuntos de mi hijo como si tuviese veinticinco años. Además, se conoce que ha frecuentado siempre la clase elevada.

—La mejor, señora; y hoy más de un hijo pobre de un par de Francia se consideraría feliz casándose con su pupila, que llevará un millón en dote. ¡Ah! si á Sabiniano se le ocurriese esta idea, los tiempos están tan cambiados, que, después de la calaverada que ha hecho, no creo que se opusiera usted á este enlace.

El profundo asombro que esta frase causó á la anciana, permitió al cura acabarla.

—¿Ha perdido usted el juicio, mi querido Chaperon?

—Ya pensará usted en ello, señora, y ojalá que Sabiniano sepa conquistarse la estimación del doctor.

—Señor cura, dijo la señora de Portenduere, si no fuese usted el que me habla de ese modo...

—Le cerraría usted las puertas de su casa, dijo sonriendo el abate Chaperon. Esperemos á que su hijo le dé cuenta de lo que pasa en París en materia de alianzas. Acabará usted por pensar en la felicidad de Sabiniano, y, después de ver cuál es su porvenir, me parece que no se opondrá usted á que se procure una posición.

—Y ¿es usted quien me dice eso?

—¿Quién, sino yo, había de decírselo? exclamó el sacerdote levantándose y dándole las buenas noches.

El cura vió á Úrsula y á su padrino dando vueltas por el patio. El débil doctor se había visto tan asediado por su ahijada, que acababa de vencer: la joven quería ir á París y le daba para ello mil pretextos. Minoret, al ver al cura, lo llamó y le rogó que le tomase todo el cupé de la diligencia para salir de madrugada. Al día siguiente, á las seis y media de la tarde, el anciano y su ahijada llegaron á París, y el primer paso del doctor fué para ir á consultar á su notario. Los acontecimientos políticos eran amenazadores. La vispera, el juez de paz había dicho varias veces al doctor durante su conversación, que era preciso estar loco para conservar ni un céntimo en papel del Estado hasta tanto que la lucha entre la prensa y la corte no cesase. El notario de Minoret aprobó el consejo dado indirectamente por el juez de paz. El doctor aprovechó, pues, su viaje para reducir á dinero sus rentas, que estaban todas á elevado precio, y para colocar su capital en el Banco. El notario aconsejó también á su cliente que vendiese los fondos que le había dejado el señor Jordy á Úrsula, y que él administraba como un buen padre de familia, y prometió, además, buscar un agente de negocios excesivamente astuto para que se entendiese con los acreedores de Sabiniano. Pero para lograr esto era preciso que el joven se resignase á permanecer algunos días más en la cárcel.

—La precipitación en esta clase de asuntos cuesta lo menos un quince por ciento, dijo el notario al doctor. Y, por otra parte, usted no tendrá dinero hasta dentro de siete ú ocho días.

Cuando Úrsula supo que Sabiniano estaría lo

menos una semana en la cárcel, rogó al doctor que la dejase acompañarle una sola vez. El anciano se negó rotundamente. Tío y sobrina estaban hospedados en una fonda de la calle de la Croix-des-Petits-Champs, donde el doctor había tomado cómodas habitaciones. Conociendo lo muy religiosa que era su sobrina, el anciano le había hecho prometer que no saldría de su cuarto cuando él estuviera fuera para arreglar sus negocios. Durante las horas de ocio, el buen señor paseaba á Úrsula por París enseñándole los edificios, las tiendas y los paseos; pero nada de esto divertía ni interesaba á la joven.

—Pero ¿qué quieres? le decía el venerable doctor.

—Quiero ver Santa Pelagia, respondía Úrsula con obstinación.

Minoret tomó entonces un coche y la llevó hasta la calle de la Llave, donde el vehículo se estacionó ante la innoble fachada de aquel antiguo convento transformado en cárcel. La presencia de aquellos elevados muros, cuyas ventanas estaban todas enrejadas, la de aquel postigo, donde no se puede entrar sin bajar la cabeza (¡horrible lección!), aquella morada sombría en un barrio lleno de miseria, donde se yergue rodeada de tortuosas calles, y aquel conjunto de cosas tristes, conmovió á Úrsula y la hizo derramar abundantes lágrimas.

—¿Cómo pueden encarcelar por dinero á los jóvenes? dijo Úrsula. ¿Cómo da una deuda al usurero un poder que ni el mismo rey tiene? ¿Y él está ahí? y ¿dónde, padrino mío? añadió la joven mirando todas las ventanas.

—Úrsula, dijo el anciano, me haces cometer locuras.

—Pero aunque haya de renunciar á él, ¿ha de dejar por eso de inspirarme interés?

—¡Ah! exclamó el buen doctor, hay tanta razón en tu sinrazón, que me arrepiento de haberte traído.

Tres días después, el anciano tenía ya en su poder todo lo necesario para libertar á Sabiniano. El pago de las deudas y los honorarios del hombre de negocios ascendía á la suma de ochenta mil francos. Después de hecho este pago y de conservar veinte mil francos en billetes para entregar á Sabiniano, le quedaron al doctor ochocientos mil francos, que su notario le aconsejó que convirtiese en bonos del Tesoro, á fin de no perder demasiados intereses. El doctor fué en persona, el sábado por la tarde, á poner en libertad al joven vizconde, el cual, instruido ya por una carta de su madre, dió las gracias á su libertador con sincera efusión de corazón.

—No debe usted tardar en ir á ver á su madre, le dijo el anciano Minoret.

Sabiniano le respondió con cierta confusión que habia contraído en la cárcel una deuda de honor, y le contó la visita de sus amigos.

—Ya sospechaba que tendría usted alguna deuda de ese género, exclamó el doctor sonriéndose. Su madre me pidió prestados cien mil francos, y como no he pagado más que ochenta mil, aquí tiene usted el resto. Mire usted por ello, y considere lo poco que le queda para aventurarse en la senda de la fortuna.

Durante los ocho últimos días, Sabiniano ha-

bia reflexionado seriamente sobre la época actual. La competencia en todo exige grandes trabajos al que aspira á una fortuna. Los medios ilegales exigen más talento y prácticas subterráneas que una empresa á cielo abierto. Los éxitos en el mundo, lejos de procurar una posición, devoran el tiempo y el dinero. El nombre de Portenduere, que su madre creía tan omnipotente, no era nada en París. Su primo el diputado, conde de Portenduere, resultaba una figura insignificante en el seno de la cámara electiva en presencia de los pares y de la corte, y no tenía bastante para él con su propio crédito. El almirante de Kergarouet no existía más que para su mujer. Sabiniano habia visto grandes oradores, gentes de la clase media ó hidalgüelos, que habian pasado á ser personajes influyentes. Finalmente, el dinero era el eje, el único medio, el único móvil de una sociedad que Luis XVIII habia querido crear á imitación de la de Inglaterra. De la calle de la Llave á la de la Croix-des-Petits-Champs, el hidalgo desarrolló al anciano médico el resumen de sus meditaciones, siguiendo, por otra parte, el consejo de de Marsay.

—Debo hacerme olvidar durante dos ó tres años y hacer, entretanto, una carrera. Acaso me procure un nombre publicando algún libro de política ó de estadística moral, ó algún tratado acerca de las grandes cuestiones sociales. En una palabra, que al mismo tiempo que procuro casarme con una joven que me haga elegible, trabaje en la sombra y en silencio.

Estudiando con cuidado la cara del joven, el doctor reconoció en ella la seriedad del hombre